

— Esta noche, despues de encargarme Nerón te dijera que tendrá mucho gusto en verte por el Palatino, ha añadido: «Recomiéndale que no deje de asistir á los espectáculos que pronto nos darán los cristianos.» ¿Comprendes el significado de estas palabras? ¡Quiere gozarse en tu dolor!; ¡quieren presenciar tus angustias y torturas! ¡Esto se proponen! He aquí por qué no estamos todavía presos tú y yo. Bien comprenderás, pues, que si no la salvas en seguida se nos cerrarán todos los caminos. Porque, vamos á ver: ¿A quién acudirás?... ¿A Actea?... No se negaría á ayudarte, á buen seguro, pero, ¿corresponderá el éxito á sus buenos deseos?... ¿tal vez á Tigelino?... Es posible que le tentaran tus propiedades de Sicilia... Prueba á ver.

— Estoy dispuesto á cederle todos mis bienes, con tal de salvarla — respondió Vinicio.

Como de las Carinas al Foro no habia gran trecho llegaron pronto. Alboreaba, y á la luz indecisa del naciente día resalataba el edificio de la cárcel.

Doblada la esquina, Petronio se detuvo y exclamó:

— ¡Los pretorianos! Hemos llegado demasiado tarde...

El edificio, en efecto, estaba rodeado por una doble hilera de soldados cuyos cascos y lanzas veíanse relucir desde lejos. Vinicio, blanco como el mármol, tuvo aún ánimos para decir:

— ¡Vamos allá!

Un instante después hallábanse junto á los soldados. Petronio, dotado de una memoria extraordinaria, conocía no sólo á los jefes sino á casi todos los pretorianos. Llamó, pues, por su nombre á uno de los primeros y le dijo:

— ¿Qué hay, Niger? ¿Se teme algún golpe de mano? ¿Por qué custodiáis la cárcel con tantas precauciones?

— Sí, noble Petronio. El Prefecto teme alguna tentativa para salvar á los incendiarios.

— ¿Tenéis también orden de no dejar pasar á nadie? — preguntó Vinicio.

— No, señor. Se permite que los presos sean visitados por sus amigos, á fin de que aigan en la trampa otros cristianos.

— Entónces... déjame pasar.

Y estrechando la mano de Petronio añadió:

— Procura ver á Actea; luego iré á saber lo que te haya contestado.

— Te espero, pues, en casa — contestó Petronio.

En aquel momento, de las entrañas de la tierra, á través de los espesos muros de la cárcel, salió un cántico, al principio suave, ahogado; después más alto y más recio. Voces de hombres, de mujeres y de niños, uníanse para formar un coro que resonaba solemnemente en la calma matinal, dando á la sombría cárcel las vibraciones de una inmensa y misteriosa arpa. Y no era aquel un canto de tristeza y de desesperación, sino un canto de júbilo y de triunfo.

Los soldados se miraban unos á otros estupefactos. La aurora teñía de rosa y oro el cielo ..

IV

El grito de: «¡A los leones los cristianos!» sonaba sin cesar en todos los ámbitos de la Ciudad. Al principio, no sólo no dudaba nadie de que eran los adeptos de Cristo quienes á ésta habian pegado fuego, sino que nadie queria dudarlo, pues el castigo de los incendiarios prometía una serie de espectáculos grandiosos y espléndidos. Sin embargo, por momentos fué tomando cuerpo la creencia de que en un desastre de tan espantosas proporciones habia de haber intervenido necesariamente la suprema voluntad de los dioses, y para aplacarlos se ordenó que en todos los templos se celebraran *piacula*, ó sea sacrificios expiatorios. Consultados los libros sibilinos, el Senado decretó solemnes y públicas rogativas á Vulcano, Ceres y Proserpina. Las matronas llevaron ofrendas á Juno y fueron en procesión solemne hasta las orillas del mar para proveerse de agua salada con que rociar el simulacro de la diosa; las casadas organizaron banquetes (1) en honor de los dioses y velaron algunas noches. Todo Roma quiso purificarse con sacrificios é implorar el perdón de los Inmortales. A la vez se trazaban entre las ruinas de la Ciudad antigua nuevas calles largas y anchas, y con actividad febril se construían millares de casas, palacios suntuosos, templos magníficos. Pero en lo que se ponía especial

(1) Llamábanse estos banquetes *lectisternia* y se celebraban en los templos. En torno de la mesa, sobre los lechos *triclinarios*, eran colocadas las imágenes de los dioses.

interés y empeño era en terminar cuanto antes los anfiteatros en que debían perecer los cristianos.

Terminado el consejo que se tuvo en el Palacio de Tiberio y apenas salido Quilón de las habitaciones imperiales, se expidieron las oportunas órdenes á los procónsules de las provincias para que proveyesen de fieras á Roma. En cumplimiento de las disposiciones de Tigelino, fueron remitidos á la capital del mundo los animales que se hallaban encerrados en los *vivarios* de las demás ciudades de Italia; se organizaron en el África cacerías en las cuales tomó parte toda la población indígena, y trajéronse del Asia elefantes y tigres; del Nilo, hipopótamos y cocodrilos; leones del Atlas; osos y lobos de los Pirineos; perros salvajes de Hibernia; molosos (1) del Epiro; búfalos y *aurochs* de Germania.

La espectación y la impaciencia eran extraordinarias y universales en Roma, pues el número de las víctimas era tan enorme que bien podía predecirse que los próximos juegos sobrepujarían en duración y magnificencia á todos los hasta entonces celebrados. El César quería ahogar en sangre todo recuerdo del incendio y con sangre embriagar á los romanos, haciendo una matanza tan repugnante y grandiosa que jamás pudiesen olvidarla.

El populacho, exaltado por estos preparativos, auxiliaba á los pretorianos y á los guardias en la tarea de cazar á los cristianos; tarea en medio de todo no muy penosa ni difícil porque la mayor parte de ellos estaban acampados en los jardines públicos con el resto de la población y no ponían reparo alguno en confesar públicamente su fe. Cuando se veían cercados por sus perseguidores, lejos de huir, postrábanse de hinojos, entonando himnos y plegarias, y se dejaban prender y conducir á las prisiones sin oponer la menor resistencia. Sin embargo, no lograban con esto sino irritar al pueblo, el cual, como no acertaba á comprender los motivos de tan extraña y estúpida resignación, la atribuía á fanatismo de criminales empedernidos. A veces el populacho, presa de frenesí sanguinario y salvaje, arrancando á los cristianos de manos de los soldados, los descuartizaba, arrastraba por los cabellos á las mujeres hasta las puertas de las cárceles, estrellaba á los niños contra los muros ó contra las piedras de las calles.

(1) Perros procedentes de Molosia.

De día y de noche, á todas horas, corrían por Roma millares de energúmenos lanzando gritos inarticulados y alaridos bestiales para remedar el rugir de las fieras. Perseguíase á los inocentes cristianos por entre las ruinas ennegrecidas, en las vías, en los subterráneos, en los rincones más apartados. En las inmediaciones de las cárceles, á los resplandores de siniestras hogueras, se improvisaban comilonas y danzas báquicas, alrededor de cubas llenas de vino, que no tardaba en vaciar el populacho. Las cárceles estaban ya repletas; pero la gentualla y los pretorianos seguían, incansables, haciendo cada día en ellas nuevas víctimas. Extinguido todo sentimiento de piedad, hubiérase dicho que aquel pueblo desatinado y furioso, perdida la facultad del habla, únicamente sabía aullar y repetir, como obsesionado, el inhumano grito: «¡A los leones los cristianos!»

Los días eran calurosísimos, las noches sofocantes; el mismo aire parecía impregnado del ansia de exterminio, de las emanaciones del odio y de la violencia.

A esta ferocidad de los perseguidores respondía por parte de los cristianos un anhelo delirante de martirio. Impávidos y serenos, iban á la muerte gozosos, y muchos hasta la buscaban con tal ansiedad que los presbíteros se vieron precisados á dictar órdenes severas para refrenar el excesivo celo. En virtud de estas órdenes reuníanse solamente extramuros: en las catacumbas de la via Appia y en los viñedos de los alrededores de Roma pertenecientes á patricios cristianos.

No se ignoraba en el Palatino que entre los prosélitos del Cristianismo figuraban Flavio Clemente, Domitila, Pomponia Grecina, Cornelio Pudente y Vinicio: mas tampoco se le ocultaba al César que la plebe jamás llegaría á persuadirse de que personajes tan encumbrados y que tanto tenían que perder hubiesen incendiado á Roma. Por este motivo había resuelto aplazar para más adelante su castigo. Muchos suponían equivocadamente que esta resolución era debida á la influencia de Actea. Muy al contrario, la infeliz liberta, cuando Petronio fué á verla para suplicarle que intercediera en favor de Ligia, le contestó que únicamente lágrimas podía ofrecerle, pues era tolerada en el Palatino sólo á condición de que nunca se dejara ver de Popea y del César.

No obstante, fué á visitar á Ligia en la cárcel y le llevó vestidos y manjares, adoptando al mismo tiempo prudentes

disposiciones para impedir que fuese maltratada por sus carceleros á quienes ya Vinicio había comprado.

Por otra parte, Petronio, que no podía olvidar que Ligia estaba encarcelada gracias á la estratagema de que se valió para arrebatársela á los Aulo, y dispuesto á ganar la partida empeñada con Tigelino, no escaseaba los esfuerzos ni perdía el tiempo. En pocos días conferenció con Séneca, con Domicio Afro, con Crispinilla, por medio de la cual esperaba ganarse la voluntad de Popea, con Diodoro, con Terpnos, con el bellissimo Pitágoras, con los histriones Alituro y Paris á quienes raras veces el César se negaba á complacer; y hasta imploró la intercesión de Vatinió, sin escatimar, cuando lo consideró oportuno, ni los ofrecimientos de dinero ni las promesas. Pero de nada sirvieron sus tentativas. Séneca, inseguro de su propio porvenir, se esforzó en demostrarle que aun cuando los cristianos no fuesen autores del delito que se les imputaba, debían ser exterminados para bien de la Ciudad, y se extendió en consideraciones para justificar con la suprema razón de Estado las matanzas que iban á realizarse; Terpnos y Diodoro tomaron el dinero que les dió Petronio, pero apenas lo hubieron embolsado no se acordaron más del asunto, y Vatinió delató el hecho al César, quejándose de que se intentara sobornarle. Únicamente Alituro, que al principio se mostró enemigo acérrimo de los cristianos, acabó por compadecerles sinceramente y tuvo el valor de hablar á Nerón en favor de Ligia; mas obtuvo esta respuesta:

—¿Crees, por ventura, que soy yo menos animoso que Bruto, el cual no tuvo reparo en sacrificar á sus propios hijos para la salvación de Roma?...

Cuando Petronio tuvo noticia de esta respuesta dijo:

—¿Se ha comparado con Bruto?... ¡Pues no hay salvación para Ligia, ni para ninguno de los cristianos!

Vinicio ponía inmediatamente por obra cuantos proyectos le sugería su calenturienta imaginación para salvar á Ligia, y á pesar de su altivez mendigaba el auxilio y la protección de todos los augustales. Ofreció á Tigelino, valiéndose de los buenos oficios de Vitelio, todas sus propiedades de Sicilia y cuanto más pudiera apetecer. Pero el Prefecto del Pretorio rehusó, temeroso de atraer sobre su cabeza la cólera de la Augusta. Acudir al mismo César, prosternarse á sus pies é implorarle misericordia era inútil. Con todo, Vinicio estaba dispuesto

á realizar este propósito, y lo hubiera realizado, sin duda, á no disuadirle de ello Petronio.

—¿Qué harás — le preguntó — si te contesta con un sarcasmo ó con una amenaza?

La angustia y la ira contrajeron de tal modo el rostro del joven; le rechinaron los dientes de manera, que Petronio no pudo menos de decirle:

— ¡Ya tienes, pues, explicado por qué me opongo á que realices tus deseos! No conseguirías sino cerrarte todos los caminos..

Pero Vinicio refrenó su furor, y pasándose la mano por la húmeda frente, dijo:

— ¡No, no! ¡No podría vengarme, pues soy cristiano!

— Lo olvidarias en aquel momento, como lo has olvidado ahora. Y, piensa que si tienes el derecho de perderte á ti mismo, no tienes el de perder á Ligia.

V

Fueron inútiles todas las tentativas, todos los esfuerzos. Vinicio llevó su humillación al punto de implorar el favor de los libertos y aun de los esclavos de Nerón y de Popea, pagando con espléndidos regalos sus vagas promesas. Obtuvo de Rufio Crispino, hombre en otros días muy influyente con la Augusta, una carta de recomendación; á Rufo, hijo tenido por ésta de su primer matrimonio, le regaló su quinta de Ancio; envió un mensajero á Otón, que se hallaba en España, para suplicarle que interpusiese en su favor la influencia de que gozaba en la corte; pero todos estos intermediarios, personas poco gratas al César, sirvieron únicamente para aumentar su obstinación y su fría cólera. Después de haber disipado tesoros cayó en la cuenta, aunque demasiado tarde, de que había sido juguete, objeto de granjería, en manos de muchos de aquellos cuyo favor había solicitado y de que acaso hubiera sido preferible, para libertar á Ligia, mostrarse indiferente y cruzarse de brazos, esperando los acontecimientos con fingida calma. Petronio era también de este parecer.

En tanto pasaba rápido el tiempo, había llegado á su término la construcción de los anfiteatros y distribuíanse los

billetes de entrada para los espectáculos matinales que, á juzgar por la abundancia de víctimas, habían de durar muchos días, semanas enteras, meses tal vez. No se sabía ya donde meter á los cristianos, pues estaban colmadas y convertidas en focos de infección las cárceles á causa de las fiebres que en ellas se habían desarrollado, y los *puticuli* ó fosas hediondas en que eran sepultados los esclavos estaban de cadáveres hasta los bordes, con gran riesgo para la salud pública de la Ciudad entera. Era necesario, pues, darse mucha prisa.

Estas noticias extinguían en el corazón de Vinicio los últimos rayos de esperanza. El estupor habíasele petrificado en las facciones, de manera que su rostro semejaba una de aquellas máscaras de cera que se guardaban en los lararios. Sus amigos y el mismo Petronio temían que de un día á otro se abriesen para él las puertas del reino de las sombras. Si alguien le dirigía la palabra, el tribuno se llevaba maquinalmente las manos á la cabeza y se oprimía las sienes, fijando los ojos atónitos en el semblante de su interlocutor. Pasaba las noches con Oso, delante de la puerta del tugurio en que Ligia estaba encerrada, y si ésta le exigía que se fuese á descansar, volvía á casa de Petronio y paseaba de un extremo al otro del atrio hasta el amanecer. Con frecuencia los esclavos le sorprendían arrodillado, con las manos tendidas hacia el firmamento en actitud de súplica, ó bien encorvado, con el rostro tocando el suelo: imploraba la protección de Cristo, porque Cristo era su última esperanza. Ligia no podía salvarse sino mediante un milagro, y un milagro pedía al Redentor con todo el ahinco de que era capaz su alma vehemente. A pesar de su alelamiento tuvo todavía bastante lucidez para comprender que la plegaria de Pedro había de ser más eficaz que la propia. Pedro le había prometido á Ligia, Pedro le había bautizado, Pedro tenía el don de obrar milagros. ¿Por qué, pues, no acudir á él, en demanda de protección?

Y una noche salió de su casa dispuesto á encontrar al Apóstol; pero como se temía que alguien, ó por debilidad de carácter, ó por sobra de candor, aún contra sus deseos, le hiciese traición, los presbíteros le tenían oculto y celosamente custodiado, de suerte que solo algunos de los pocos cristianos que conservaban aun la libertad sabían donde se hallaba. Uno de éstos era el cantero en cuya cabaña fué bautizado Vinicio, y á ella se dirigió como obedeciendo á una inspiración divina Allí

supo que todas las noches los cristianos se reunían cautelosamente en un viñedo de Cornelio Pudente situado fuera de la puerta Salaria. El mismo cantero se brindó á acompañarle. Cerrada ya la noche, entrambos salieron de la Ciudad, y por andurriales y vericuetos, atravesando barrancos y cañaverales, llegaron al viñedo donde, bajo el soportal del lagar, encontraron á unas cuantas personas arrodilladas, las cuales constituían el puñado de cristianos que habían logrado escapar de la persecución. Rezaban una especie de letanía, á la que contestaba el coro de voces masculinas y femeninas repitiendo después de cada invocación: «¡Jesucristo, ten piedad de nosotros!» Aquel canto, impregnado de profunda melancolía, expresaba un dolor acerbo. Pedro estaba allí también, arrodillado, á la cabeza de su esquilmado y reducidísimo rebaño, debajo de una cruz de madera clavada en la pared. Vinicio le reconoció en el acto por sus blancos cabellos y sus manos levantadas hacia el cielo. Su primer impulso fué abrirse paso á través del grupo y gritar, arrojándose á los pies del Apóstol: «¡Sálvala!» Mas sea porque le impusiera respeto la solemnidad de la plegaria, sea porque la debilidad le impidiera avanzar, ello es que no pudo dar un paso, y, doblándosele las rodillas, cayó postrado mientras también decía: «¡Jesucristo, ten piedad de nosotros!»

A no estar Vinicio conturbado por la propia aficción, notara que también gemían los demás, pues de los cristianos de aquel grupo ni uno solo había dejado de perder en la persecución á seres queridos, y, trastornados por la desdicha, sentían flaquear la fe en sus corazones. «¿Dónde está Cristo?, pensaban. ¿Por qué no viene en nuestra ayuda? ¿Cómo puede consentir que el mal triunfe del poder de Dios?» No obstante su angustia suprema, continuaban implorando misericordia, porque en sus almas quedaba un resto de esperanza, porque confiaban aun en que Cristo descendería del Cielo, y, purificando al mundo de sus iniquidades, abatiría el poder de Nerón y daría principio al reinado de la paz y de la justicia. Y levantaban los ojos al Cielo, y escuchaban atentamente, y, puestos de rodillas, trémulos, seguían orando...

También Vinicio, á medida que iba repitiendo con los demás: «¡Jesucristo, ten piedad de nosotros!» sentíase como transportado, en un arrobamiento semejante al que tuvo en la cabaña del cantero cuando Pedro le administró el Bautismo, y llegó á tener la convicción de que, rasgándose de improviso la bóveda

celeste, aparecería Él, circundado de luz esplendorosa, sobre las estrellas, misericordioso y airado á la vez, para salvar á los que le amaban y precipitar en el abismo á los que les perseguían.

El tribuno, cubierta la faz con las manos, se inclinó hasta el suelo. En torno reinaba profundo silencio, como si el terror hubiese extinguido la palabra en los labios de todos los circunstantes. Creyendo llegado el momento solemne en que había de obrarse el milagro esperó largo trecho, bien persuadido de que al levantar la cabeza vería una luz jamás columbrada por ojos humanos y oiría una voz jamás percibida por oídos mortales.

Pero interrumpido al fin el silencio por el sollozar de las mujeres, Vinicio se levantó y miró en torno con vista extrañada. En el soportal no brillaba esplendorosa luz celeste, sino la pálida llama de las linternas, al par que los débiles rayos de la luna, los cuales, entrando por la abertura del techado, daban á la estancia y á cuanto contenía un tono argénteo. Los que estaban junto á Vinicio alzaron los ojos arrasados en lágrimas. Acá y acullá se oían gemidos, y fuera hendía el aire el silbido de los hombres que vigilaban. Pedro se levantó, y, dirigiéndose á los congregados, dijo:

—Hijos míos, elevad vuestros corazones al Salvador; ofrecedle vuestras lágrimas.

Y calló.

Oyóse de pronto una voz de mujer, voz llena de amargura y de dolor acerbo:

—Soy viuda, y me han robado á mi hijo único, que era mi sostén. ¡Devuélveme á mi hijo, Señor!

De nuevo reinó sepulcral silencio. Pedro estaba de pie junto á los fieles, inmóvil, encorvado bajo el peso de los años, como la encarnación de la debilidad y de la impotencia humanas.

Se oyó otra voz que decía:

—¡He quedado sola con mis hijos. También me meterán á mí en la cárcel! Y entonces ¿quién dará de comer á mis hijitos?

Y otra:

—Tenía una hija cándida y pura, y me la han ultrajado.

Y otra:

—¡Hasta Lino, que había sido respetado por hallarse enfermo, ha sido después preso, y lo torturan ahora bárbaramente!

Y otra:

—Cuando volvamos á casa nos prenderán los pretorianos. ¡No sabemos ya donde escondernos!

Y otra:

—¡Pobres de nosotros! ¿Quién nos defenderá?

De esta suerte, en medio del sosiego de la noche, un gemido seguía á otro gemido. El viejo Pescador cerró los ojos y sacudió su nevada cabeza en presencia de aquellas humanas tribulaciones. El silencio se hizo aún más profundo, pues solo era turbado por el silbar quedo de los que vigilaban afuera.

Vinicio intentó de nuevo prosternarse ante el Apóstol para impetrar su auxilio; pero como si á sus plantas se hubiese abierto un abismo, le faltaron las fuerzas y se contuvo. Una duda terrible le atormentaba. ¿Y si el Apóstol se declaraba vencido? ¿Y si afirmaba que el César romano era más fuerte y poderoso que Jesús de Nazaret?... Entonces no solamente se desvanecerían todas sus esperanzas, sino que Ligia y el amor á Cristo, y la fe, y todo cuanto le ligaba á la vida, caería hecho pedazos en la sima abierta á sus pies, y quedaría él sumido en densas tinieblas...

En este punto de sus reflexiones estaba Vinicio cuando comenzó á hablar el Apóstol, al principio con voz tan baja que apenas se le oía:

—Hijos míos: he visto en el Gólgota al Hijo de Dios, al verdadero Dios, injuriado, escarnecido, cubierto todo el cuerpo de sangre, clavado en cruz como un malhechor; oí los martillazos fatales; vi erguir la cruz, vi como moría el Divino Cordero... como de una lanzada traspasaban su corazón al Redentor. Y entonces, transido también de dolor, grité: «¡Señor, Señor! ¿Eres el Dios único, omnipotente y fuerte, y has podido permitir que te ultrajaran de esta manera, que te martirizaran tan sin piedad? ¿Por qué has muerto, Señor, inundando de tristeza nuestra alma, cuando creíamos que iba á empezar tu reinado?..» Pero recordad que Jesucristo, Dios y Señor Nuestro, resucitó al tercer día y estuvo con nosotros hasta que, después de habernos dado su bendición, rodeado de claridad deslumbrante, subió al cielo. Nosotros comprendimos entonces la flaqueza de nuestra fe, y fortalecimos nuestro corazón, y ahora sembramos por todo el mundo la santa semilla.

Luego, volviéndose hacia el punto de donde habían salido las primeras lamentaciones, prosiguió con voz más alta:

—¿De qué os doléis?.. Si el mismo Dios sufrió pasión y muerte para redimirnos á todos ¿con qué derecho pretendéis vosotros sustraeros al martirio? ¡Hombres de poca fe! ¿Es posible que no hayan penetrado en vuestro corazón sus palabras? ¿Acaso es esta la vida que os tiene prometida? He aquí que se llega á vosotros y os dice: «¡Seguidme!» y trata de elevaros hasta Él; pero vosotros, apegados á la tierra, le contestáis gimiendo: «¡Salvadnos, Señor!...» Comparado con Dios no soy sino un puñado de polvo; pero respecto de vosotros soy Apóstol de Jesucristo y su Vicario en la tierra. Pues yo os digo en verdad: Tras la tortura no os espera la muerte, sino la vida; no el sufrimiento, sino la bienaventuranza eterna; no las lágrimas y los sollozos, sino la más pura alegría; no la esclavitud, sino la gloria. Y yo, Apóstol del Señor, te digo á ti, viuda: El hijo de tus entrañas no morirá, sino que nacerá á la vida eterna, y tú un día estarás con él; y á ti, padre, á quien te han ultrajado la hija, te digo asimismo que la encontrarás más pura que los lirios del valle de Ebrón; y á vosotras, madres que os atormentáis pensando en la suerte que pueda caber á vuestros huérfanos, y á todos los que andáis contristados, y á todos los que tendréis que presenciar la muerte de seres queridos; á vosotros los que desfallecéis y os conturbáis, á vosotros á quienes la muerte os espera, en nombre de Cristo os digo que pasaréis como de un sueño agitado á un despertar alegre y placentero; de las tinieblas á la luz divina. ¡En nombre de Cristo caiga la venda que cubre vuestros ojos é inflámese vuestro corazón en el santo amor de Dios!

Al decir esto Pedro levantó la mano como si diese una orden y sintieron todos afluir á sus venas una nueva sangre, y temblaron de emoción porque no era ya un decrepito anciano encorvado por el peso de los años el hombre que empuñaba el cayado del Pastor, sino un sér fuerte, alentado por la fe y por la conciencia de su misión, que recogía las almas de entre el polvo del dolor y del espanto para transportarlas á las puras y luminosas regiones de la esperanza.

—¡Amen! — exclamaron algunas voces.

Los ojos del Apóstol adquirieron misterioso brillo, y en toda su persona se transparentaron el poder, la grandeza y la santidad.

Y prosiguió diciendo de esta manera:

— Sembrad con llanto y recogeréis con alegría. ¿Por qué

teméis el poder del mal? Sobre la tierra, sobre Roma, sobre los muros de la Ciudad reina el Señor, que está también dentro de vosotros. Las piedras serán bañadas con vuestras lágrimas, la arena se empapará de vuestra sangre, las fosas se llenarán con vuestros cadáveres; y yo os digo: ¡pues este es vuestro triunfo! El Señor avanza contra esta Ciudad del crimen, de la opresión y de la soberbia; vosotros sois sus legiones, y así como Él con su preciosísima sangre, con su martirio y con su muerte ha redimido los pecados del mundo, así quiere que con vuestra sangre y con vuestro martirio rescatéis los delitos de esta Ciudad.

Pedro alzó las manos y fijó la mirada en el cielo. Todos contenían la respiración, bien seguros de que el Apóstol veía en las alturas algo invisible á los ojos de ellos. Y, en efecto, su semblante se transformaba y se iluminaba. Permaneció en dicha actitud algún tiempo, silencioso, como pasmado por el éxtasis; pero de pronto, en la calma solemne de la noche, vibró de nuevo su voz:

—¡Oh, Señor! Estás aquí y me revelas tus designios; me trazas el camino. ¿No en Jerusalén, sino en esta Ciudad de Satanás, quieres establecer tu sede? ¿Sobre este suelo, de estas lágrimas y de esta sangre quieres que surja tu Iglesia? ¿Aquí donde impera Nerón, has decidido fundar tu reino imperecedero? ¡Ah, Señor, Señor! ¿Y á estos hombres miseros y débiles confías el encargo de que echen con sus huesos los cimientos de la Sión divina?; ¿á mi alma que asuma el gobierno de tu Iglesia y de todos los pueblos del universo? ¡Oh! ¡Viertes en el corazón de los débiles el manantial de la fuerza para que se tornen poderosos, y me ordenas apacentar tu rebaño hasta la consumación de los siglos! Seas para siempre glorificado en tus designios inescrutables, Tú que ordenas luchar y vencer... ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Los pusilánimes se reanimaron, los que dudaban sintieron su alma inundada por la luz de la fe. Algunos repitieron «¡Hosanna!, ¡Hosanna!»; otros exclamaron: «¡Por la fe y por Cristo!» De nuevo reinó profundo silencio. En tanto habia aparecido la luz de la aurora é iluminaba suavemente la humilde estancia; las caras de los cristianos aparecían pálidas por la emoción, no por el miedo. Oró Pedro todavía largo trecho. Al cabo, con la faz inspirada y radiante se volvió á sus fieles y les dijo:

—Así como el Señor ha triunfado de vuestra debilidad y de vuestras dudas, id, y triunfad vosotros en su santo nombre del oprobio y la iniquidad.

Pero, aunque estaba bien seguro de la victoria, aunque sabía cuales serían los efectos de aquellas lágrimas y de aquella sangre, les bendijo, diciendo:

—Yo os bendigo, hijos míos, para el martirio, para la muerte, para la eternidad.

Entonces se acercaron todos á él y exclamaron:

—Estamos prontos; pero tú, varón santo, sálvate; porque siendo el Vicario de Cristo has de cumplir la misión que te ha confiado.

Y se asieron á sus vestidos, y él, poniéndoles una mano sobre la cabeza, les bendijo uno á uno, como bendice un padre á sus hijos cuando se disponen á emprender largo viaje.

Después salieron todos del soportal y se dirigieron á sus casas con el deseo de ser llevados á la cárcel y luego á los anfiteatros, porque habían ya renunciado á la tierra y vivían como arrobados, dispuestos á contraponer la fuerza viva que llevaban en su alma á la fuerza brutal de la Bestia.

Por un oculto sendero, á través de la viña, Nereo, esclavo de Pudente, condujo á su propia cabaña al Apóstol.

Vinicio les seguía, y cuando estuvieron cerca del término de su ruta, se arrojó a los pies de Pedro. Este le reconoció en seguida y le preguntó:

—¿Qué quieres, hijo mío?

Pero Vinicio, después de cuanto había oído, no osaba formular ruego alguno, y se contentó con abrazar las rodillas del Apóstol y con estrechárselas, sollozando. Este le dijo:

—Ya sé; te han arrebatado á la muchacha que amas; ruega por ella.

—¡Señor!—gimio Vinicio, oprimiendo con más fuerza las rodillas de Pedro—Señor, yo soy un vil gusano; pero tú, que fuiste discípulo de Cristo, ruégale, intercede en favor de ella.

Temblaba al decir esto como una hoja en el árbol y apoyaba la frente en las rodillas del venerable anciano. Este se conmovió ante aquel inmenso dolor, y recordando que también Ligia, azorada por las palabras de Crispo, había caído á sus pies para implorar su perdón y que él la había animado y fortalecido, decidió animar y fortalecer á Vinicio.

—Hijo mío—le dijo—rogaré por ella; pero acuérdate de

lo que he dicho á los otros que, como tú, dudaban: el mismo Dios sufrió pasión y muerte; ésta es sólo vida de tránsito, pues tras ella principia la eterna.

—Lo sé... lo sé... lo he oído—contestó Vinicio—Pero ¡ay, señor!... ¡no puedo! Si debe derramarse sangre, ruega á Cristo que esta sangre sea la mía... ¡Soy soldado! No importa que me hagan sufrir á mi dos, tres veces los tormentos que la esperan á ella; los soportaré impávido, con tal que ella se salve. ¡Es todavía una niña, señor!... ¡Y Cristo es más fuerte y más poderoso que el César!... Tú también la querías, tú nos bendijiste... ¡Es todavía una inocente niña!...

Y, cayendo otra vez de hinojos, repetía:

—Tú conociste á Cristo, señor, sí; tú le conociste, y á ti te escuchará; ¡ruega por ella!

El Apóstol cerró los ojos y se puso á orar fervorosamente. A la luz ya bastante clara del alba Vinicio contemplaba los trémulos labios de Pedro, aguardando de ellos la sentencia de vida ó de muerte. En medio de la calma matinal las codornices dejaban oír su canto, llamándose de un extremo á otro del viñedo; oíase también el sordo y lejano rumor de los molinos de la vía Salaria.

—Vinicio—preguntó al fin el Apóstol:—¿tienes fe?

—¡Oh, señor! ¿Habría venido á ti, si hubiese dudado?

—Ten fe, pues, hasta el fin; porque la fe mueve las montañas; y aunque vieses á tu amada bajo la espada del verdugo ó en las fauces de los leones conserva aún la fe, porque Cristo puede salvarla. Cree y ora; yo oraré contigo.

Y levantando los ojos al cielo, el Apóstol oró en alta voz.

—¡Oh, Jesucristo, fuente de misericordia! ¡Ten piedad de este corazón lacerado y consuélalo! ¡Oh, Cristo, manantial de piedad! ¡Tú que rogaste á tu padre que apartase de tus labios el cáliz de amargura, apártalo ahora de los labios de este siervo tuyo! Amen.

Vinicio, alzando las manos hacia las estrellas que, una á una, iban apagándose en el firmamento, exclamó:

—¡Jesucristo, Dios mío, yo te pertenezco! ¡Tómame á mí y sálvala á ella!

Sobre el lejano horizonte aparecía el disco incandescente del sol.